



El Periquillo Sarniento

José Joaquín Fernández de Lizardi



Pedro Sarmiento, el singular personaje al que llaman Periquillo, nos cuenta en primera persona las diversas aventuras en las que va pasando de amo en amo y de un oficio a otro, esta situación que desarrolla la obra es característica del género picaresco. Así comienza relatándonos su niñez, donde aparecen sus padres, sus primeras experiencias en escuelas y con maestros; luego, sus cursos universitarios de filosofía en el antiguo colegio de San Ildefonso y sus comentarios sobre la vida estudiantil y su posterior vida adulta donde se ve envuelto en situaciones comprometedoras. En esta novela, primera del género escrita en México y Latinoamérica, publicada en 1816, su autor, Fernández de Lizardi llama la atención sobre los males y lacras de la sociedad mexicana en su época. La intención es educar al pueblo, señalarle sus errores para así reformar y mejorar la sociedad. El Periquillo Sarmiento por El Pensador Mexicano; corregida, ilustrada con notas, y adornada con sesenta láminas finas.

El Periquillo Sarniento

Tomo I

José Joaquín Fernández de Lizardi



J. Joaquín Fernández de Lizardi # 

... Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos a otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y examen de mi pensamiento, de mi locución, de mi idea, o de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL en su prólogo de la Barca de Aqueronte.

Ligeros apuntes para la biografía del Pensador Mexicano

Don José Joaquín Fernández de Lizardi es uno de los hombres cuyo saber y escritos hubieran sido el lustre de su patria, si hubiera correspondido a la claridad y prontitud de su talento y a su extraordinaria facilidad de escribir su educación literaria; pero desgraciadamente para su país fue abandonado a sí mismo en los primeros años de su juventud, más que por indolencia, por las escasas facultades de su padre que no le permitieron proporcionarle los mejores maestros, ni ejercer sobre sus ocupaciones y estudios aquella incansable vigilancia que es necesaria a los niños y a los jóvenes, hasta vencer las escabrosidades, aridez y fastidiosa monotonía de la instrucción primaria. Así es que, a pesar de que ya más entrado en edad se dio con suma aplicación a la lectura de libros buenos y malos indistintamente, no pudo adquirir aquella instrucción sólida que dan los estudios bien cimentados, seguidos con orden y distribuidos con arreglo, y forma el juicio recto y seguro que caracteriza las producciones de los sabios, resintiéndose de esta falta todos sus escritos, y de otra no menos importante cual es la de corrección y lima de lo que escribía, a la que nunca pudo sujetarse, según él mismo confiesa al fin del último capítulo del Periquillo, cuyas palabras dan bien a conocer su carácter. *Yo mismo(dice) me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos; pero esto*

no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego, y sujetar mis escritos a la lima, o no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio o el consejo de Horacio; pero después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo a calor de mi fantasía la precipitación culpable de mi pluma.

Pero no tratándose en estos apuntes de hacer un juicio crítico de sus obras, nos contraeremos únicamente a los límites que nos propusimos.

Nació nuestro escritor en esta capital el año de 1771 y se bautizó en la parroquia de San Miguel.

Su padre, de familia pobre pero honrada, ejercía la medicina y no era sin duda de los facultativos más acreditados, cuando tuvo que abandonar la ciudad y establecerse en el pueblo de Tepozotlán de médico de aquel colegio por contrata.

Lo poco que ésta le rendía unido con el producto de sus curaciones en el pueblo y sus contornos, bastaba para la sustentación de su familia, sin carecer de nada de lo preciso; pero sin quedarle sobrantes para emplear en lo superfluo, viviendo en una moderada medianía.

Por esto, y por no haber en el pueblo establecimientos regulares de educación, no pudo darla a su hijo tan esmerada como lo exigía su talento, que desde muy temprano comenzó a despuntar, dando indicios ciertos de que, cultivado, produciría a su tiempo abundantes y sazonados frutos.

A los seis años de edad fue a la escuela, y apenas supo leer y escribir cuando vino a esta capital a la casa del maestro Enríquez, preceptor en ese tiempo de latinidad, en la que lejos de su padre y como abandonado a sí mismo, los adelantos que pudo adquirir fueron debidos a su talento natural, más bien que al empeño del maestro que dividía la

atención entre todos sus discípulos, esmerándose con aquellos cuyos padres, viviendo en México, no los dejaban de la mano.

Concluida la gramática latina, pasó al colegio de San Ildefonso a estudiar filosofía, siendo uno de los concurrentes al curso de artes que abrió el doctor don Manuel Sánchez y Gómez, entre cuyos discípulos no fue de los más adelantados, pues no obtuvo los primeros lugares, ni mereció las mejores calificaciones, faltándole de este modo los cimientos para levantar después el edificio de una sólida instrucción, cuya falta no pudo reponer cuando en épocas posteriores se dedicó a la lectura con asidua aplicación.

A los diez y seis años de edad, concluidos los cursos de filosofía, recibió en esta universidad el grado de bachiller, y un año después estuvo cursando Teología.

Desde ese tiempo hasta principios de este siglo nada se sabe con certeza de sus ocupaciones ni estudios, y ni aun del lugar fijo de su residencia, aunque frecuentemente y en distintas épocas lo vieron algunos amigos y conocidos suyos en Tepozotlán.

A los esfuerzos y constante empeño del ilustrado ministro don Jacobo de Villaurrutia debió México el establecimiento del único periódico que publicaba las pequeñas producciones literarias que se le remitían, comenzando a formar el gusto y excitando a los aficionados al estudio de las bellas letras. En las dos pequeñas hojas en 4.º de que se componía el *Diario de México*, se vieron muchas poesías graciosas y artículos bien escritos sobre distintas materias, criticándose en algunos con juicio y sales picantes los vicios de los literatos y de las demás clases de individuos de la sociedad.

Esta publicación, adecuada al gusto de los mexicanos, y más la multitud de folletos en prosa y verso que se imprimieron desde el año de 1808 con motivo de la coronación de Fernando VII y de la invasión de los franceses en España, en que se hizo punto de honor y como de moda regalar ca-

da día a Napoleón con algún requiebro, aunque había la certeza de que tales finezas no habían de llegar jamás a su noticia, aficionó a los mexicanos a los negocios políticos y a publicar sus producciones por la prensa.

Entre ellos don Joaquín Fernández Lizardi se dedicó a escribir, y aunque no nos consta que fuese autor de algunos de los folletos indicados, lo creemos sin temor de equivocarnos; pero hasta el año de 1810 no se dio a conocer, publicándose entonces sus *Letrillas satíricas*, que tenía sin duda escritas desde antes.

Siguió entonces la prensa de México publicando periódicos e infinidad de papeles sueltos contra los insurgentes, llamándose así a los primeros caudillos de nuestra independencia y a cuantos siguieron sus banderas. Como la imprenta no estaba libre, y entonces se vigilaba más que nunca la conducta de los americanos, que diariamente presenciaban horrorizados ejecuciones sangrientas, ya se deja entender qué clase de escritores serían los que se presentaban en la palestra y cuáles sus dignas producciones. *Mariquita y Juan soldado*, *La chichihua y el sargento* y otros títulos por este estilo anunciaban mil insulsos diálogos en prosa y verso en que se defendía la justicia del gobierno español en la persecución de los excomulgados insurgentes.

Ignoramos si en esta época dio al público nuestro autor algún escrito; pero si lo hizo, no fue ciertamente a favor de la dominación española, porque si en alguna cosa tuvo siempre constancia, fue sin duda en promover de cuantos modos estuvieron a su alcance la libertad de su patria.

El doctor Mora en su obra titulada *México y sus revoluciones* asienta que Fernández Lizardi, conocido con el nombre de *Pensador Mexicano*, fue jefe de una partida de insurgentes; pero en esto hay sin duda equivocación, porque a ser cierto, y habiendo caído en manos del gobierno español, o lo hubiera mandado pasar por las armas, o después de una larga prisión lo habría confinado a Manila o a las Islas Marianas, o cuando menos lo hubiera indultado; pero el

año de 1812 estaba en libertad y expedito para publicar, como lo hizo, los primeros números de su *Pensador Mexicano*, obra que consta de 3 tomos en 4.º y que le dio el nombre por el que fue conocido desde entonces.

Lo que hay de cierto es que a la entrada del señor Morelos en el Real de Tasco era allí el *Pensador* teniente de justicia, y puso en manos del general independiente todas las armas, pólvora y municiones que pudo encontrar, por lo que fue conducido en clase de preso a México por el sargento mayor de las tropas del rey don Nicolás Cosío; mas persuadiendo al gobierno de que lo había hecho forzado y a más no poder, fue puesto inmediatamente en libertad.

En uno de los primeros números de *El Pensador Mexicano*, dirigió al virrey don Francisco Javier Venegas una alocución a pretexto de felicitar sus días, pidiendo en ella con calor que revocase el bando publicado en esta capital el 25 de junio del mismo año de 1812, que desaforaba a los eclesiásticos que tomasen partido con los insurgentes y hasta a los que anduviesen con ellos en clase de capellanes. El resultado de este escrito fue ponerlo preso desde luego, suprimirse la libertad de imprenta de que se gozaba por la Constitución española, y perseguirse a los escritores que, publicando con franqueza sus ideas, combatían los abusos de la administración y fomentaban indirectamente la causa de los independientes.

Al cabo de siete meses fue puesto en libertad, y en todo el año de 1813 dio a luz varios escritos, relativos los más a la peste horrorosa que afligía por ese tiempo a México y formarán un tomo en 4.º.

En los años siguientes de 1814, 15 y 16 publicó otra multitud de papeles sueltos en prosa y verso, entre los que se hallan los titulados Alacena de frioleras que unidos a los que dio después hacen siete tomos en 4.º.

El doctor Beristain en su *Biblioteca hispano-americana septentrional*^[1] en vista de los escritos de que hemos hecho mención dice: «Lizardi (don José Joaquín Fernández), natu-

ral de la N. E. Ingenio original, que si hubiese añadido a su aplicación más conocimiento del mundo y de los hombres y mejor elección de libros, podría merecer, si no el nombre de *Quevedo americano*, a lo menos el de *Torres Villaroel mexicano*. Ha escrito varios *discursos* morales, satíricos, misceláneos con los títulos de *Pensador Mexicano* y de *Alacena de frioleras*; y tiene entre los dedos la vida de *Periquito Sarmiento*, que según lo que he visto de ella, tiene semejanza con la del *Guzmán de Alfarache*».

Para el año de 1816 publicó un calendario en 8.º con sus pronósticos en verso.

En 1817 un tomo en 8.º de fábulas en verso.

En este tiempo había ya dado a luz tres tomos del *Periquillo Sarmiento* y se le había negado la licencia para imprimir el cuarto por el virrey don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito. Estaba escribiendo también *La Quijotita* que se imprimió después en cuatro tomos en 8.º

En 1819 publicó dos tomos en 4.º que intituló *Ratos entretenidos*, y de ellos se hizo después otra edición en 8.º

Restablecida la constitución española en 1820, escribió y publicó a sus anchuras multitud de folletos, habiendo estado preso algunos días por un diálogo entre *Chamorro* y *Dominiquín*.

Dio también a luz periódicamente el *Conductor eléctrico* sobre varias materias, pero principalmente sobre política, el que continuó después de hecha la independencia, tiempo en que comenzó a imprimir las *Conversaciones del payo y el sacristán*, que componen 2 tomos en 4.º.

Las conversaciones 6.^a, 20.^a y 22.^a fueron censuradas agriamente por los doctores Grageda y Lerdo, y contestó el *Pensador* en un impreso titulado *Observaciones a las censuras de los doctores Lerdo y Grageda etc.*

El doctor Lerdo publicó después un cuaderno en 4.º impugnando los referidos escritos; pero el *Pensador* abandonó el campo, asegurando que sólo prescindía de la contienda por falta de fondos para pagar las impresiones.

Más ruidoso había sido el otro negocio suscitado por el impreso titulado: *Defensa de los frac-masones*, pues fue fijado públicamente en las iglesias como excomulgado por haber incurrido en las censuras fulminadas contra los francmasones y sus fautores.

Entabló ante la audiencia territorial un recurso de fuerza por la que decía que le hizo la autoridad eclesiástica en este asunto; y fijó unos rotulones en las esquinas desafiando a los doctores de la universidad de México para sustentar un acto en que defendería estas dos proposiciones.

1.^a «La censura es injusta por no haber recaído sobre delito».

2.^a «Es ilegal por haberse traspasado en su fulminación los trámites prescritos por la Iglesia».

La defensa de los francmasones había sido publicada en 1822; pero a fines de 1823 en un escrito presentado ante la autoridad eclesiástica, renunció y desistió del recurso de fuerza y pidió la absolución, la que se le concedió en decreto de 29 de diciembre del mismo año de 1823, y estos documentos se imprimieron para darles publicidad en el número 269 del periódico titulado *águila Mexicana*, de 8 de enero de 1824.

Los impresos que dio en pliegos extendidos con distintos títulos y sobre diferentes materias formarán un tomo en folio de buen grueso.

La multitud y variedad de escritos en los quince años corridos desde 1812 hasta junio de 1827 en que murió, manifiestan la feracidad de su ingenio, que si al principio se hubiera cultivado, como correspondía, habría producido obras brillantes que dieran hoy honor a su patria.

Sus escritos, como es natural, tuvieron aficionados y enemigos; pero como de hojas sueltas y de asuntos pasajeros, tanto ellos como sus impugnaciones dentro de algunos años quedarán para siempre sepultados en el lago insaciable del olvido.

Distinta suerte aguarda al *Periquillo Sarniento*, que por pintarse en él las costumbres de una de las clases de la sociedad mexicana, porque ésta lee la obra con empeño y con su lectura se ha ilustrado y se ha hecho mejor, y porque así logró el Pensador los fines que en ella se propuso, vivirá más largo tiempo en la memoria de los hombres, y ¿quién sabe, si al través de los años no adquirirá mayor y crédito que el que disfruta en el día?

Contra ella se han dicho muchas cosas; pero las principales las recopiló y publicó en un artículo del *Noticioso general*, don Manuel Teran.

El mismo Pensador le dio la contestación siguiente que forma la

Apología del Periquillo Sarniento

Artículo inserto en los números 487, y 488
de 12 y 15 de febrero de 1819 del *Noticioso
general*

Señor editor: He leído en el *Noticioso* del lunes 1.º del presente una impugnación a mi Periquillo, muy cáustica y descortés, escrita con resabios de crítica por don M. T.^[2], o sea por *Uno de tantos*, cuyo talento no alcanza para otra cosa que para roer los escritos ajenos como los ratones de la fábula 30 de Iriarte.

Ya me es indispensable contestar no tanto por mi propia satisfacción, cuanto por defender mi obrita de los defectos de que le acusa este señor; pero protesto la fuerza con que tomo la pluma para ejercitarla en una contestación pueril y odiosa, lo que no hiciera a no haber sido provocado por dos veces no habiendo bastado mi prudencia en la primera, para que en la segunda no se me insultara hasta lo sumo. Querría sin embargo escribir con más moderación; pero el señor *Uno* no la conoce; y así, *vim vi repellere licet*. La fuerza con la fuerza se debe rechazar, porque no tiene otro escudo, y seguramente

Bien hace quien su crítica modera,
pero usarla conviene más severa
contra censura injusta y ofensiva^[3],
cuando no hables con sincero denuedo,
poca razón arguye o mucho miedo.

Basta de exordio y vamos al asunto, aventando la paja en que abunda la tal impugnación, y dirigiéndonos a lo que parece grano.

Lleno el señor *Ranet*^[4] de la satisfacción más orgullosa y en tono de maestro decida del mérito de mi obra en estos términos. *Al Pensador mexicano lo conocemos como al autor de una obra disparatada, extravagante y de pésimo gusto; de un romance o fábula escrita con feo modo, bajo un plan mal inventado, estrecho en sí mismo y más por el modo con que es tratado...* ¿Qué tal se explica este caballero? Más parece que trata de insultar al autor que de descreditar la obra, aunque hace uno y otro bellamente.

¿Pero por qué le ha parecido mi obrita tan insufrible? Ya lo dice sin que se le pregunte: *porque (son sus palabras) comenzamos la relación y nos vamos hallando con sucesos vulgares, fatales siempre al interés, pues si en los libros encontramos las peores gentes de la sociedad*^[5] *obrando ordinariamente y según los vemos, hablando según los oímos, nuestra curiosidad no se excita, y dejamos de sentir el atractivo que en el arte se llama interés.*

Toda esta jerigonza quiere decir: que para que la acción interese en la fábula, es necesario que no se vea en ella nada común ni vulgar. Todo debe ser grande, raro, maravilloso. Orfeo debe entrar en los infiernos en pos de Eurídice, Teseo ha de matar a los formidables gigantes Pityocampto y Periphetes, y Dédalo ha de volar seguro por los aires con unas alas de cera. Además los hombres grandes han de hablar como los dioses, y los plebeyos deben usar el idioma de los reyes y poderosos. Así lo quiere el señor *Ranet*, y es menester darle gusto.

Mas yo, con su licencia, tomo el Quijote de Cervantes, la obra maestra en clase de romances, y no veo en su acción nada raro, nada extraordinario, nada prodigioso. Todos los sucesos son demasiado vulgares y comunes, tales como pudieran acontecer a un loco de las circunstancias de don Alonso Quijada. Al mismo tiempo advierto que cada

uno de los personajes de la fábula habla como los de su clase, esto es, vulgar y comúnmente. Hasta hoy estaba yo entendido en que una de las gracias de este género de composición era corregir las costumbres ridiculizándolas y pintándolas al natural, según el país donde se escribe; pero el señor *Ranet* me acaba de sacar de este grosero error, pues *encontrando a las... gentes en los libros obrando como los vemos y hablando como los oímos, nuestra curiosidad no se excita, y dejamos de sentir el interés.*

éste acaba de desaparecer (sigue el crítico) *para las gentes de buen gusto, si además de encontrarse con acaecimientos los más comunes, se les ve sucios, violentos y degradados.* Para fundar esta aserción, se asquea mucho de la aventura de los *jarritos de orines* que vaciaron los presos en la cárcel sobre el triste Periquillo, y *del robo que hizo a un cadáver.* ¡Feliz hallazgo y pruebas concluyentes del ningún mérito de la obra! Pero si estas acciones son sucias y degradadas en ella, ¿en qué clase colocaremos la recíproca vomitada que se dieron don Quijote y Sancho cuando aquél se bebió el precioso licor de Fierabrás? ¿Y cómo se llamará la limpísima diligencia que hizo Sancho de zurrarse junto a su amo por el miedo que le infundieron los batanes? A la verdad que el señor *Ranet* es demasiado limpio y escrupuloso.

Por lo dicho conocerá el lector lo sólido y juicioso de esta crítica, y que me sería fácil refutar uno por uno los descuidos en que abunda, si no temiera hacer demasiado larga esta contestación. Sin embargo, desvaneceré algunos de los más groseros y con la posible brevedad.

Nota como un defecto imperdonable las digresiones de Periquillo, y dice que *no da un paso sin que moralice y empalague con una cuaresma de sermones.* Digo a esto que si los sermones y moralidades son útiles y vienen al caso, no son despreciables, ni la obra pierde nada de su mérito. Don Quijote también moralizaba y predicaba a cada paso, y tan-